

# *El fútbol es, ha sido y será mi vida*

**LUCAS BALLÓN CÓRDOVA\***

Alguna vez leí que una teóloga alemana, Odrote Solle, daba una respuesta interesante cuando le preguntaron cómo le explicaría a un niño qué es la felicidad. «No se lo explicaría —respondió— le tiraré una pelota». Cuando estaba en el colegio, lo único que esperaba durante todo el día era que nos digan que podíamos salir al recreo. Eso significaba poder jugar pelota, aunque fuera apenas un rato. Una vez que terminaba el recreo, solo quedaba aguardar la salida para ir a jugar los «clásicos» en los parques de la «Resi» (Residencial San Felipe). Hoy, a mis 22 años, no he encontrado una explicación que tenga más sentido que esa. Estoy seguro de que, como muchos de mis amigos, sería feliz viviendo del fútbol... pero no en este, mi país.

Lo normal en el fútbol —como en cualquier otro deporte— es que, a lo largo del camino desde las divisiones inferiores, se vaya haciendo una depuración, para que así, en los últimos años, queden solamente los elementos que realmente tienen las condiciones para aportar en un plantel de la primera división, la meta de todo aquel que se apasione por este juego.

Sin embargo, como ocurre con la mayoría de las cosas, en nuestro país este camino, aparentemente lógico, no existe. Los futbolistas no siguen una senda ascendente de desarrollo, tanto físico como psicológico, en la que deberían ir dándose cuenta, paulatinamente, de la importancia del esfuerzo en los entrenamientos, de la seriedad que deben tener, de la concentración, de la perseverancia, del compromiso y la disciplina necesarios, entre otras cosas.

Durante mi infancia y mi juventud he jugado en muchos equipos. En las divisiones menores de instituciones grandes y chicas, a veces en equipos en primera división, en academias, en clubes particulares, en la universidad y en la liga metropolitana. Creo que conozco el fútbol por dentro, por eso seguramente ahora agradezco haber estudiado a pesar de mi fantasía de ser un deportista exitoso. Es decir, jugar en primera división.

Desde los 10 años entré en el ambiente de este deporte. Jugaba en el Lima Cricket, pero quería más; tanto les insistí a mis padres que, aburridos, terminaron dándome gusto y me llevaron a la Academia Tito Drago. Ahí empezó lo que para mí, en ese momento, era mi carrera como futbolista. Se sucedieron varios años los campeonatos en Cantolao o en FERTISA, en los que participaban las divisiones menores de los equipos de primera división e incluso, en ocasiones, algunos extranjeros. A esa corta edad ya se vislumbraban ciertos jugadores que habrían de triunfar en el fútbol profesional, con los cuales compartí cancha, entre ellos Paolo Guerrero y Jefferson Farfán.

La Academia (de Tito Drago) era una pequeña burbuja dentro del ambiente podrido del fútbol, hoy ya lo reconozco. En esa Academia se entrenaba a muchos chiquillos, en su mayoría, de un nivel socioeconómico medio y medio alto. Estaba claro que quienes ahí jugábamos no dependíamos ni dependeríamos del fútbol para lograr progresar en la vida. Uno intuía, sin embargo, que las cosas no eran iguales en muchos de los equipos que enfrentábamos. El fanatismo que mostraban algunos padres y amigos, y sus respectivas «barras», me mostraba que muchos adultos «apostaban» su futuro al éxito eventual de sus hijos.

Todo cambió cuando salí de esa burbuja. Estuve en las divisiones menores de varios equipos profesionales, donde sí se sentía la diferencia del trato entre compañeros e incluso de parte de los técnicos. Éramos muchos y muy diversos, todos en competencia por no quedarnos sentados en la banca. Empecé a sentir, por primera vez, la discriminación al revés. Era el «blanquito» o el «pituco». No importaba tanto cómo hablaba o me vestía. Lo que interesaba era que podía robarles a los demás el sitio tanpreciado en el equipo, y tan necesario para la construcción del futuro que buscaban.

Hoy veo con claridad que si estos jugadores solo se esperanzaban en el fútbol como vía para su progreso social y económico, la presencia de otro que compitiera con ellos no era deseable. Podía quitarles la posibilidad de llegar a primera división, la meta anhelada por todos. Entonces, había que sacarlo a como diera lugar: maltratándolo en el entrenamiento, aislándolo del grupo, obviándolo en el

partido... La idea del «equipo» empezaba a morir en mi imaginario.

Muchos de estos muchachos, de los cuales pocos lograron gran éxito, vieron en el deporte el único medio de superar la pobreza en la que estaba inmersa su familia y ellos vivían/sufrían cotidianamente en su barrio. Compartí cancha con amigos que tenían pocas oportunidades de triunfar o de «salir adelante»; en todo caso, los hubo que jugaban al fútbol o terminaban robando. Empezar a conocer esa realidad fue, para mí, empezar a ver una parte del país que desconocía, y sus formas de relación.

Este primer tipo de futbolista que menciono es, por desgracia, parte importante de un equipo. En un plantel, son ellos quienes «manejan» al grupo, pues son los que deciden quién forma parte de este y quién no. Tal decisión se ve influenciada enormemente por distintos factores, siendo el principal, a mi entender, la *semejanza* entre ellos; es decir, la identidad, el sentir al otro igual —por lo tanto, que pertenezca a un mismo nivel socioeconómico—, de preferencia con un color de piel parecido, entre otras similitudes. Es obvio que siempre hay excepciones que uno recuerda con cariño, felizmente.

Hay un segundo tipo de muchachos que llegan a jugar no por sus condiciones o por su esfuerzo necesariamente, sino, más bien, por ser «sobrinos» o ahijados de fulano o mengano que es dirigente-dueño o tiene vinculaciones, relaciones. Estos son los menos. De este tipo conocí a varios. Aunque siempre fueron pasajeros, finalmente lograron estar en la cancha y tuvieron oportunidades que desplazaron a buenos jugadores. Mejores que ellos, por lo menos. Sin embargo, a la hora de la verdad, su incorporación al equipo —no importa la categoría o la división— nunca fue fácil. A fin de cuentas, todos son conscientes del «mérito» de este tipo de deportistas.

Finalmente, hay un tercer grupo de jugadores: los realmente talentosos y que gracias a su esfuerzo y sus condiciones logran su meta y representan al equipo. Por lo general, son nuestros brillantes futbolistas, que apenas alcanzan alguna notoriedad rápidamente emigran. En esta categoría están los pocos jugadores con una mentalidad diferente, aquellos que desde pequeños sobresalieron por su talento, por su actitud empeñosa, muy distinta a la de la mayoría del grupo.

Mirando las cosas en retrospectiva, en cierto modo logro comprender a quienes fueron mis compañeros de juego cuando ni siquiera había llegado a la adolescencia. Comprendo el miedo que sentían de no llegar a concretar sus metas, el esfuerzo demostrado cada tarde en Cantolao, la desesperación y la exigencia que demostraban sus padres y, al mismo tiempo, la alegría por sus goles. Cuando la adolescencia pasó, esta situación generaba en ellos una actitud defensiva dentro del equipo. Hoy me explico cómo y por qué le hacían la vida imposible a los que no consideraban (no querían considerar) parte de «su grupo», vale decir a quienes, al igual que ellos, jugaban al fútbol más por necesidad que por el placer de jugar y competir.

Estos recuerdos describen a los muchachos compitiendo y picándose por perder. Sin embargo, nunca entenderé cómo personas adultas, que en teoría estaban ahí para manejar al grupo, tenían esta misma mentalidad y comportamiento. Que un entrenador, incluso entrenadores de selecciones nacionales, discrimine y margine a un jugador por el hecho de ser «blanco» —como nos identificaban a varios—, por tener la suerte de acceder a una escuela privada o vivir en condiciones de las que personalmente no es responsable sino beneficiario, me parece inaudito. En esta situación de simple falta de identificación radica mucho de nuestro fracaso en el deporte en general. Y quienes lo dirigen —viven de él, sería más exacto— están entre los principales responsables.

Hace algunos años abandoné el sueño de ser futbolista. Personalmente no encajaba en ninguna de las tres tipologías antes mencionadas. Creo que quien no se ajusta a alguna de ellas es un caso atípico —que los hay—, o acaba siendo un apasionado más del deporte, lo practica en sus tiempos libres, muchas veces mejor que muchos futbolistas profesionales. No es, felizmente, su sustento. Sí puede ser su vida.

■

\* Alumno de Psicología de la PUCP